



Fig. n.º 40.-*Aguiar. Otro costumbrismo*. Catálogo de la Exposición del Museo de Artes y Costumbres Populares de Sevilla, 2008. Comisario: Ignacio Cano Rivero. Sevilla, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía.

Andrés Parladé, conde de Aguiar, nacido en Málaga en 1959, pero vecino de Sevilla la mayor parte de su vida hasta su muerte en 1933, fue un asiduo cultivador de la pintura y un infatigable coleccionista de espadas, armas de fuego, cerámicas y prendas de vestir, entre otras piezas. En 1944, su viuda donó una parte considerable de sus obras pictóricas y de su colección de objetos al Museo de Bellas Artes de Sevilla, de donde pasó al Museo de Artes y Costumbres Populares, que

ha organizado esta muestra con sus fondos y algunos de otra procedencia, singularmente la propia pinacoteca sevillana y ciertas colecciones particulares.

No es este el lugar de ofrecer una reseña de la exposición ni de su catálogo, que cuenta con una nota de Antonio Limón Delgado y (salpicados de una serie de oportunas y valiosas ilustraciones) con dos extensos y documentados textos de Ignacio Cano Rivero, Comisario de la muestra y Conservador del Museo de Bellas Artes, y de Montse Barragán Jané, Conservadora del Museo de Artes y Costumbres Populares, que ofrecen una documentada nota biográfica y glosan con autoridad y conocimiento de causa, respectivamente la genealogía y calidad estética y la vertiente antropológica de la obra del conde de Aguiar, antes de que la sección final reproduzca el conjunto de las piezas exhibidas, tanto los cuadros como los objetos procedentes de la vocación coleccionista del pintor.

Atraído a lo largo de sus años de madurez por una serie de temáticas recurrentes, como son los retratos (entre ellos un excelente autorretrato en atuendo de cazador, una de las piezas señeras de la muestra), las figuras humanas (algunas próximas por su vestimenta arcaizante a la pintura de casacón) y los perros (que, acompañados a veces de los zagales responsables de su cuidado, representan una parte muy singular y significativa de su trabajo), aquí nos referiremos sólo a la media docena exacta de cuadros relativos al mundo taurino, uno de los ámbitos que suscitaban permanentemente su interés, como demuestran otras pinturas, no exhibidas pero alguna de las cuales encuentra su lugar entre las páginas de los textos, como el magnífico retrato (ya celebrado en su momento) de *Bombita*, uno de los miembros de la famosa dinastía de toreros de Tomares, de soberbia ejecución.

Los seis cuadros de temática taurina de la exposición son de calidad y espíritu bastante diferentes. Si atendemos a un orden cronológico, abre la serie uno de los mejores, pintado en 1915, el

titulado “El picador”, probablemente el verdadero retrato de un profesional veterano, vestido con chaquetilla de plata y rosa, faja negra y calzones siena, que reposa, sentado indolentemente en una silla, apoyado el castoreño de fondo rojo en una pierna, con el rostro sofocado, el (poco) pelo despeinado y el cigarrillo en la mano izquierda rubricando el merecido descanso después de una faena seguramente realizada con aplomo y dignidad.

Menos inspiración denota el siguiente, posiblemente de 1920, “Torero y maja en el tendido”, en que refleja la conversación de un torero y una maja de vestido castaño y tocada de mantilla negra, en las gradas de un tendido de color ocre, en una escena en que la mirada absorta de la mujer contrasta con la actitud obsequiosa del diestro.

“El torero herido (La cogida)”, de 1921, trata de nuevo una escena tónica, igualmente sin demasiado entusiasmo. Un matador herido, cuya lividez se resalta por su traje de tonos entre violáceos y grisáceos, recibe el apoyo de dos de sus compañeros, en el brazo de uno de los cuales resalta el detalle incongruente de un capote de paseo.

También es de 1921 el cuadro “Torero sentado de oro y rojo”, una figura que nos mira de frente con los brazos extendidos en una postura arrogante y segura, sosteniendo la montera en la mano derecha y un cigarrillo en la izquierda. Los tonos ocres y de oro viejo se quiebran sólo para dejar en primer plano la mancha roja del pantalón, que refuerza el desafío del matador a la espera.

Del año siguiente es el lienzo que lleva por título “El triunfo”, muy diferente de todos los demás de la serie. Aquí, la escena es la del torero que acaba de matar a la res (yacente a sus pies sobre la arena) y que saluda mostrando en una amplia sonrisa la alegría por su victoria en la lid. Frente a los otros cuadros, el diestro luce un traje rigurosamente negro, subrayado por el azabache de los alamares y contrastado con el rojo del capote. A la derecha de la composición, el público semeja un confuso amasi-

jo de rostros abocetados que evocan poderosamente las imágenes caricaturescas de algunos cuadros de Goya o de Lucas, cuyo influjo acepta deliberadamente y sin reservas el autor.

Finalmente, otro de los mejores cuadros de la exposición es el realizado en 1926 y titulado “La cuadrilla”. Son cuatro toreros (quizás no una cuadrilla en regla, pese al título, sino un grupo de toreros), que adoptan distintas actitudes posiblemente en el momento de la espera antes del inicio de la corrida. Los dos jóvenes de la esquina, ambos destocados, parecen sostener un diálogo, mientras que, de los dos del centro, ambos con la montera encasquetada, uno permanece ensimismado en sus pensamientos y otro mira abiertamente al espectador. Al margen de la sobriedad obtenida (como es habitual en el pintor) por el uso de una paleta donde predominan los ocres y oros viejos, punteados por unos toques de rojo, rosa y blanco, sobre un fondo neutro, lo que sobresale con mayor fuerza es la expresividad de los rostros, la verdad de los gestos, la autenticidad del mundo interior que dejan entrever los personajes que llenan la escena.

En suma, si la temática taurina, no fue la primera entre los intereses pictóricos del conde de Aguiar, no cabe duda de que fue una fuente de inspiración para la ejecución de algunos de sus mejores cuadros y también de que, si en algunos el tópico asoma sus rasgos más gastados, en otros la captación de la verdad, el tributo a la vida real de las personas de carne y hueso, y alma, confieren una mayor altura estética a una obra que, según los organizadores de la muestra, representa otro costumbrismo. Un costumbrismo éste que adquiere sus timbres de gloria gracias a la capacidad de captar una hondura más allá de la mera epidermis de las cosas y de los hombres.

Carlos Martínez Shaw
Fundación de Estudios Taurinos